

dido por la tormenta, se arrodilla al pié de la Virgen levantada como una estrella del mar entre los promontorios y los escollos, á pedir la salvacion de los suyos, y la ha encontrado, atribuyéndola en su agradecimiento á fervor de la propia oracion y á milagro de la bendita imágen. Cuántas veces el labrador ha creído que una efigie le preservaba del rayo y del pedrisco; y el combatiente, que una efigie le traía la victoria y le apartaba la muerte; y el poeta, que una efigie le alumbraba sagrada inspiracion en la fantasía; y la madre, que una efigie bajaba del cielo á recoger el pequeñuelo muerto y llevárselo en sus brazos mecido por los cantares de los ángeles. Imaginaos, pues, cómo defenderian contra la bárbara demolicion, decretada por el Isaurio, aquellos depósitos de sus lágrimas, aquellos confidentes de sus penas, aquellos regazos donde dormian sus muertos, aquellos cielos donde brillaban sus esperanzas, aquellos santos objetos de su devocion y de su culto.

Es necesario para comprender la herejía de los iconoclastas, estudiar, no solamente los disentimientos religiosos que la animan, sino tambien los disentimientos políticos. En toda herejía oriental hay un factor dogmático y un factor político. Leon el Isaurio intenta restaurar el poder material, que los Césares de Oriente, so pretexto de Emperadores de Roma, sostenian en Italia por medio del exarcado de Rávena; y Gregorio II intenta todo lo contrario, libertar á Italia de esa tutela de los Césares orientales y convertir el exarcado de Rávena en parte de su propio patrimonio. ¡Qué gran pretexto, mejor dicho, qué grande ocasion la herejía de los iconoclastas para consumir el proyecto por tantos siglos acariciado en Roma! Leon el Isaurio, destruyendo las imágenes, y dando por ende ocasion á que una diferencia política tome carácter y aspecto religioso, funda en verdad el cisma de Oriente y divide la Iglesia universal de Cristo en griega y latina. Comprendiendo Gregorio II cómo les convenia el latinismo á los Papas de Roma, se apresuró á confirmar en un concilio aquella revolucion; y el Isaurio, irritado, persiguió á los adoradores de imágenes; extrañó á los mas, ajustició á los importantes y jefes entre ellos; y sediento de venganza, equipó una flota contra Italia, flota dispersa por los vientos y tragada por las aguas.

Sucedió á Gregorio II Gregorio III que, en calidad de Pontífice romano, supo conservar las tradiciones pontificias, y por lo mismo, sostener el culto

de las imágenes con romana tenacidad. Y envió á Constantinopla un nuncio encargado de echar en rostro al Emperador bizantino y á su corte la terrible impiedad y de traerlos, ó por la persuasion ó por la amenaza, al seno del Catolicismo. El nuncio, deslumbrado por el poderío de los Césares de Bizancio, no se atrevió á cumplir el encargo de los Papas de Roma, y volviése á la Ciudad Eterna mas suspendido de las riquezas vistas que indignado contra las herejías encontradas. Degradóle el Papa de su dignidad eclesiástica; pero el concilio le obligó á volver para notificar las disposiciones pontificias, obligacion no cumplida por haberle apresado y retenido los griegos, dueños en aquella sazón de Sicilia. Murió en estas circunstancias, es decir, á mediados del siglo octavo, Leon III el Isaurio, sucediéndole su hijo Constantino Copronimo, destinado á heredar y recrudescer sus supersticiones teológicas y sus crueldades imperiales.

El patriarca de Constantinopla, que bautizara al hijo de Leon, anunció los horrores de su reinado, porque habiéndole sumergido para bautizarle, segun la liturgia oriental, en la sacra pila, ensucióla con sus excrementos. Y si esto dijo de él un iconoclasta, imaginaos qué dirian los escritores católicos. Segun ellos, el ayuntamiento de los demonios con las alimañas feroces, engendró aquel monstruo; la irreligion y el ateismo cayeron al nacer sobre su alma y los vicios mas horribles y las enfermedades mas gangrenosas sobre su cuerpo. Las brujas fueron sus esposas y sus comadres, los sortilegios su ocupacion, la hechicería diabólica su oficio, las entrañas de las víctimas su oráculo, la evocacion de los manes infernales su guia, el asesinato su placer y su contento. Apenas subido al trono, su cuñado Artabades lo destronó; y apenas destronado, lo maldijo el patriarca de Constantinopla Anastasio, que debia su alta dignidad, no solo á las propias creencias iconoclastas, sino tambien al favor de Leon III, padre de Constantino; prueba evidente de la irremediable servidumbre á que estaba sujeto el clero de Constantinopla. Restauróse en el trono Constantino, y arrancó los ojos al patriarca Anastasio; y reunió un concilio para que aboliera el culto de las imágenes; y dió tormento y aun muerte á los sacerdotes que conservaban algun recuerdo de las efigies de su devocion; y suprimió los monasterios; y reunió en el circo á los monjes para obligarles públicamente á tomar la mujer que él les designara é ir de la



mano con esa mujer, hechura de su despotismo, á prestarle casi el homenaje de la adoracion religiosa; y mutiló á los unos, y descoyuntó á los otros; y cubrió de pez á muchos haciéndolos arder, como Neron, á guisa de antorchas humanas, en sus inhumanas orgías. Por fin murió este monstruo el año 775, invocando los mismos santos y pidiendo para su paso de esta á la otra vida el socorro espiritual de las mismas imágenes destruidas y quemadas por sus terribles órdenes. El año 780 subió al trono un hijo de Leon IV, célebre por haber primero pertenecido á la fe ortodoxa y haber luego llevado á los últimos extremos la herejía iconoclasta. Reinó Leon IV escasamente cinco años; y llegó á heredarle su hijo Constantino VI, bajo la regencia de la nunca olvidada Emperatriz Irene. Una prueba de lo peligrosa que es la supremacía de la autoridad civil sobre la autoridad eclesiástica, la prueba quizá mas fehaciente se ve, se toca en estos cambios de política que hacian cambiar con tanta frecuencia lo que parece mas inmóvil y fijo, las ideas religiosas. Irene era católica, y como católica, se propuso con toda resolucion, y por todos los medios imaginables, restaurar el culto de las imágenes. El mismo patriarca de Constantinopla, que contribuyera con su exaltado celo á derribarlas por mandato de un Emperador, las rehizo, y colocó en los altares por mandato de una Emperatriz. Irene se apresuró á convocar un concilio; pero este concilio fué disperso á viva fuerza por el partido de los iconoclastas, que, á la sazón, tenia, despues de haber contado con tres Emperadores heterodoxos, un gran predominio en Constantinopla. Pero los padres del perseguido concilio se reunieron en Nicea y condenaron dogmáticamente la herejía iconoclasta. Mas conforme iba creciendo Constantino VI, iba tambien tomando las ideas religiosas que defendieran sus predecesores, y conforme iba tomando estas ideas, le contrariaba su madre la Emperatriz Irene. Y tanto poder llegó á alcanzar esta señora que anuló á su hijo, y gobernó despóticamente en su nombre contra las propias creencias de quien legítimamente ocupaba el trono. Usurpara la corona y la retuviera en sus sienes sin un movimiento del ejército que, ofendido de verse mandado por una débil mujer, reclamó á su verdadero soberano, el cual, una vez en el trono, desplegó contra los partidarios de la madre las mismas crueldades que la madre desplegara contra los partidarios del hijo. Entregado este á sí propio, cometió toda

suerte de desaguisados, como si la vehemencia se adquiriese en Constantinopla al par que la corona. Sin respeto á las costumbres ni á las leyes repudió á su mujer, María; y se casó con una dama de esta, dando el escándalo de que le acusaran públicamente sus propios vasallos de bigamia. Esta acusacion, fundada en los hechos propios de Constantino y sostenida por la cólera de su madre, hizo al Emperador que acusara á la propia mujer, no solo de haberlo deshonrado con sus adulterios, sino de haberlo amenazado con la muerte, apercibiéndole un veneno. La clerecía de Constantinopla, esclava de los Emperadores, aceptó el divorcio como bueno, y puso la corona nupcial en las cabezas de los nuevos cónyuges. Pero los monjes, el clero regular, se indignaron contra esta maldad del clero secular, y subvirtieron los ánimos contra el Emperador y la Iglesia. En esta subversion no faltó patriarca que se atreviera á excomulgar la bigamia imperial. Y entre las excomuniones patriarcales y la agitacion popular, cuando los soldados se removian ya en sus cuarteles y las muchedumbres en sus calles y plazas, aparece de súbito Irene, coge al Emperador, y sin acordarse de que lo habia llevado en sus entrañas, le arranca los ojos con tal crueldad que muere el infeliz en la terrible operacion. No acabaríamos nunca si hubiésemos de referir todas las alternativas á que el culto de las imágenes se halló sujeto, segun que subia al trono ó ya un César iconoclasta ó ya un César católico. Lo cierto es que no pueden combatirse ni por los poderes mas fuertes las naturales inclinaciones de esos individuos superiores que se llaman pueblos y que obedecen con tanta fidelidad á las sugerencias mas íntimas y mas profundas de su sér. Los iconoclastas apelaron á todos los medios de que puede disponer un Estado para imponer una creencia. Armáronse sus ejércitos de todas armas; revistiéronse sus Césares de toda autoridad; la piqueta demolió las estatuas, las llamas y el humo borrarón los cuadros, las espadas mordieron en las órdenes religiosas y exterminaron familias enteras de ortodoxos; pobláronse los desiertos de emigrados errantes; el potro aquí, el tormento allá, la hoguera y la horca mas léjos ejercieron su terrible ministerio de estrago y de exterminio; encontrábanse en los sitios á donde no podia alcanzar la autoridad pública mancos, cojos, ciegos, millares de estropeados por la voraz tiranía dogmática; ni los muertos durmieron en paz su sueño eterno, porque dentro de las sepulturas



entraron la cólera y la venganza; mas como quiera que en la raza helénica quedaran las incontrastables inclinaciones artísticas, las imágenes lo superaron todo, lo vencieron todo, y su culto quedó en la Iglesia griega como en la Iglesia latina casi al mismo tiempo que iban á separarse para siempre y que iba tristemente á sobrevenir el cisma irreparable.

Cuarenta años antes de la terrible persecucion promovida por los Emperadores iconoclastas, Italia, movida por los Papas á una reaccion natural contra el Imperio, habíase por completo separado de Constantinopla. Nunca pudo la ciudad de Oriente, que se creía heredera política de Roma y aspiraba de continuo á su autoridad, olvidar este gran desacato. En la política se encuentra mas que en la religion; en la naturaleza se encuentra mas que en el dogma; en las rivalidades históricas se encuentra mas que en las oposiciones teológicas la causa primera y capitalísima del terrible cisma de Oriente. Es verdad que nunca el Oriente quiso reconocer que el Espíritu Santo provenia del Padre y del Hijo (*patri filioque procedit*); es verdad que el Oriente reconoció el matrimonio canónico de los clérigos; es verdad que no quiso el pan ázymo, el pan sin levadura para la hostia; mas tambien es verdad que las dos Iglesias se hubieran fácilmente entendido, si los dos pueblos, el latino y el griego, se hubieran con igual facilidad sujetado el uno al dominio del otro. Pero la eterna contradiccion política entre el Oriente y el Occidente debía resolverse; y se resolvió al fin y al cabo en una irreparable contradiccion teológica. De esta suerte, hasta en los tiempos en que las dos Iglesias y las dos razas aparecian mas unidas, estallaban las contradicciones sobrepuestas por su interior é intrínseca fuerza á la arbitraria voluntad de los hombres. Leed las páginas de la historia y encontrareis á la continua quejas de los Emperadores de Constantinopla, porque los reyes de Occidente se llamaban Emperadores tambien, y quejas de los Pontífices romanos porque los patriarcas de Constantinopla se llamaban á su vez Pontífices ecuménicos. La rivalidad estaba, pues, en algo mas antiguo que la Iglesia y mas natural que la teología.

Pero narremos sencillamente los hechos. Sucedia en el patriarcado bizantino, á poco de terminarse las sangrientas guerras de los iconoclastas, el patriarca Ignacio al patriarca Metodio. Y junto al patriarca Metodio reinaba

el César Bardas, que corrompido y viciado por el poder absoluto, repudiara sin motivos justos ni legítimos, á su propia mujer y se uniera en escandaloso contubernio con su hijastra. En cumplimiento del deber, que tenia el patriarca, de velar, no solamente por la pureza del dogma ortodoxo, sino tambien por la pureza de la moral pública, Ignacio reconvino á Bardas, y le echó en cara su escandalosa vida. Indignése el César, no acostumbrado á la contradiccion, y depuso al patriarca. Entonces subió al trono patriarcal de Constantinopla el célebre Phocio, á cuyo nombre irá unido el cisma de Oriente, aunque no se consumara completa y absolutamente en su tiempo. Era Phocio de extraordinaria sabiduría y de redomada astucia. Laico y aun militar, ordenáronle pocos dias antes de su eleccion, á fin de que pudiese servir mejor á los proyectos de Bardas, el cual deseaba tener en la alta Sede bizantina, mas que un prelado, un dependiente, un sumiso ministro. Comprendiendo este cuánto podia servir la autoridad romana de los Papas á sostener y dar color de legítimo á su propio patriarcado, aconsejó á Bardas que recurriese á Roma en demanda de nuncios pontificios, encargados de dilucidar y decidir á quién pertenecia la autoridad de patriarca, si bien á él ó si bien á su antecesor Ignacio. Defirió á esta pretension Roma; y presentáronse en Constantinopla sus legados. Phocio procedió de suerte que no solamente supo forzarles á que sancionaran su eleccion, sino á que le revistieran de ordenaciones sacerdotales, mas autorizadas que las anteriormente conseguidas. Irritóse el Papa, Nicolás I, que enviara sus legados, no tanto á contender sobre la legitimidad de Phocio, como á implantar la soberanía de Roma en todo el antiguo Oriente. Así los legados fueron heridos de excomunion, y revocada la autoridad de Phocio, á quien trató de hereje en sus creencias, de vicioso en sus costumbres, de adúltero en su lecho, de usurpador en su patriarcado. Todos estos sucesos pasaban en el año 867, muerto ya Bardas, bajo el imperio de Miguel III, á quien, por aquellos dias, derrocó y asesinó el macedonio Basilio. Y aquí vuelve á reproducirse la historia de los iconoclastas. Cada nuevo César, que sube al trono de Constantinopla, no solamente cambia la política, sino que cambia tambien casi la religion de su antecesor.

El asesino de Miguel depone á Phocio y restablece á Ignacio. Con dos patriarcas la Sede bizantina, acudian los dos en demanda de la autoridad, que